

Pascua y Misericordia

La Pascua es vida y esperanza. También la misericordia ■



Celebrar la Pascua, el triunfo de Cristo sobre todos los poderes del mal y la muerte, significa celebrar la hora de la vida y la esperanza definitivas. Cristo vive y vive resucitado y glorioso. Toda una semana, la semana de Pascua, dedica la Iglesia a prolongar y celebrar la Pascua de Resurrección. La luz y la fuerza de Cristo resucitado han roto todas las tinieblas y todas las desesperanzas. La muerte ha sido definitivamente vencida.

Nos urge un baño de vida y esperanza, de vida nueva y esperanza definitiva. Nos urge saber que la vida ha quedado por encima de la muerte, que la esperanza se ha implantado definitivamente en el horizonte de la existencia humana. Nos urge reconocer que ahora sí, ahora todo ha cambiado y todo es nuevo; desde ahora manda la vida y la esperanza, las ganas nuevas de vivir y luchar, de trabajar por un mundo y una sociedad mejores.

La Pascua es, en definitiva, el triunfo de la misericordia de Dios sobre todas las noches y todos los des-

encantos de la humanidad. La Pascua es ese río de ternura y provi-dencia, que brota del corazón de Dios, y no cesa de regar y fecundar el corazón del mundo, de cada hombre y de la historia entera. En la Pascua fluye con más fuerza el manantial del amor y la misericordia. Nos lo ha dicho el papa en la Bula *Misericordiae vultus*:

“Desde el corazón de la Trini-dad, desde la intimidad más pro-funda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la mi-sericordia. Esta fuente nunca po-drá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tendrá nece-sidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. Es tan insondable la profundidad del misterio que encierra, tan inago-table la riqueza que de ella provie-ne” (n 25).

Celebrar la Pascua significa por tanto celebrar la misericordia. Un buen motivo para intensificar nues-tros pasos en el camino del Jubileo Extraordinario de la Misericordia.

Portada

Lema y escudo

En la Pascua gana el cristiano lema y escudo. El signo de la cruz, primero; y ya para todas las generaciones. El Resucitado, después; y como garantía de inmortalidad. “Jesús es el Señor”: he aquí la clave, el lema, el escudo. Donde nace el sentido del ser y vivir cristianos, la identificación personal, el blasón y defensa. Los días pascuales animan a perfilar emblemas. A renovarlos personalmente. A pensarlo.

UnE. Los acontecimientos sociológicos que implican a una pluralidad, a una sociedad, proponen en su cabecera un título clarificador. Sirven de claros ejemplos los juegos electorales y las campañas publicitarias. En ámbito diferente, es habitual que los sacerdotes escojan una frase preferida, emblemática, cuando reciben la ordenación sacerdotal; a modo de marca existencial.

DEs. El proceder de los obispos es mucho más formal y serio: escudo y lema identificadores. Al respecto, viene al caso recordar los lemas de los dos prelados de la diócesis, el emérito y el titular, por andar ambos en fechas conmemorativas. Don José, que cumplía 35 años de ordenación episcopal el día 19, eligió “Servir”. Y don Atilano, pastor de la diócesis desde el 2 de abril de 2011, luce la frase “Me envió a evangelizar a los pobres”. De añadidura, el papa Francisco, asimismo conmemorando tres años de pontificado por San José, se significó con el lema “Lo miró con misericordia y lo eligió”.

Tres. Por último, también tienen asiento aquí dos lemas colectivos. El del PPD: “El amor de Cristo nos urge”, que importa a toda la comunidad de Sigüenza-Guadalajara. Y el del Año de la Misericordia, magnífico para cualquier discípulo de Jesús: “Misericordiosos como el Padre”.

ÁlvarERuiz

Sábado 2 de abril

Via Lucis

Hora: 9:00 de la mañana

Monasterio de San José (Carmelitas) hasta la parroquia de El Salvador (Guadalajara)

DOMINGO DE PASCUA

Hch 10, 34a. 37-43. Sal 117, 1-2. 16ab-17. 22-23. Col 3, 1-4. Jn 20, 1-9.

Los sentimientos de este día deben acompañar a las actitudes pascuales que configuran nuestra fe. La alegría, la vida y el amor deben determinar nuestro testimonio cristiano.



Celebramos la resurrección, que es la fuente de nuestra alegría. El grito de la pascua (Aleluya) invita a la alabanza, y de la oración de alabanza surge el convencimiento para la predicación. El encargo de predicar, dice San Pedro, es dado por el mismo resucitado, y creer en él es garantía de perdón y de misericordia. «Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo», se repite en el salmo de hoy, para poner de manifiesto la importancia del acontecimiento pascual.

Si reconocemos la resurrección (y si no fuera así vana sería nuestra fe) debemos buscar los bienes de «allá arriba», como dice San Pablo, porque Cristo resucitado es vida en abundancia, vida plena y eterna. Hoy celebramos el triunfo de la vida sobre la muerte. Hoy queremos pregonar que Jesús vive para siempre a nuestro lado, para fortalecer nuestro camino de esperanza.

Cristo ha resucitado por el gran amor que nos tiene. Nosotros tenemos que comunicar ese amor. Debemos dar testimonio del amor de Dios en el mundo, en nuestra sociedad, en nuestros ambientes y en la propia familia. Nos puede suceder como a los discípulos o como a María Magdalena, que nos mostremos inicialmente escépticos, pero este acontecimiento debe movernos interiormente a la fe. Tenemos que entender, como ellos hicieron, que «él había de resucitar de entre los muertos», y convertirnos en testigos alegres de la fe.

En la resurrección la muerte es superada por el amor. También nosotros experimentamos, cuando falta de nuestro lado un ser querido, que el amor es más fuerte que la propia muerte. Pues que el Dios vivo en el que creemos, que ha resucitado de entre los muertos, sea nuestro baluarte y nuestro apoyo para ese testimonio pascual al que estamos llamados.

Alfonso Olmos

Vivamos la experiencia de la pascua

Las celebraciones del Tríduo Pascual nos ofrecen la posibilidad de participar en el misterio de la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. En la cruz de Cristo, que sigue siendo hoy ocasión de mofa y de desprecio por parte de muchos, los cristianos descubrimos el amor y la fidelidad de Jesucristo a la voluntad del Padre hasta las últimas consecuencias. El servicio y la entrega amorosa al Padre y a los hombres, con los que había vivido, permanecen inalterables hasta el último instante de su existencia.

*“...el Señor, hEy,
nEs llama a cada bautizadE
para estar cEn Él
y para enviarnEs hasta
lEs últimEs cEnfines
de la tierra cEn el encargE
de actuar siempre
en su nEmbre”.*

Por esta fidelidad, libertad y amor incondicional de Jesús, el Padre lo resucita de entre los muertos. El que no se había dejado vencer por el odio y la violencia de quienes lo condenan a muerte, sino que hizo frente a las mismas con el amor y el perdón no podía permanecer para siempre en la muerte. Al resucitarlo de entre los muertos, el Padre deja constancia de que Jesucristo era su Hijo muy amado, el predilecto.

A partir de este acontecimiento, todo se ve con nueva luz. Los apóstoles, que habían experimentado la tristeza, la frustración, el desánimo y el miedo ante el futuro como consecuencia de la muerte del Maestro, con las apariciones y los encuentros después de la resurrección, recobran la esperanza, experimentan la alegría del encuentro y participan de su paz. Esto les permite entender todo lo que Jesús había hecho a lo largo de la vida y todo lo que les había enseñado.

Una vez resucitado de entre los muertos, Cristo ya no muere más. Permanece para siempre con nosotros, invitándonos a participar de su vida de resucitado. En todas las ocasiones tendríamos que actuar como criaturas nuevas, muriendo a nosotros mismos,



a nuestros pecados y a los criterios del mundo para vivir como hombres nuevos, revestidos de los sentimientos y criterios de Cristo. Si estuviésemos verdaderamente convencidos de esta gran verdad, cada instante de la vida sería una experiencia pascual.

La espiritualidad cristiana debería ser también una espiritualidad de Pascua. Injertados en la vida nueva de Cristo en virtud del bautismo, estamos llamados a estar con Él, a permanecer en Él y a comportarnos con plena conciencia de enviados. Como hizo con los apóstoles y con tantas personas a las que invitó a dejarlo todo para seguirle, el Señor, hoy, nos llama a cada bautizado para estar con Él y para enviarnos hasta los últimos confines de la tierra con el encargo de actuar siempre en su nombre.

En las celebraciones sacramentales, especialmente en la Eucaristía, los cristianos actualizamos mediante la acción del Espíritu Santo el misterio de la muerte y resurrección del Señor hasta que el vuelva. Esta participación es real, aunque no sea plena y total, pues mientras estamos de camino hacia la casa del Padre, contemplamos la presencia del Señor en medio de nosotros con las limitaciones propias de la condición humana y bajo la oscuridad de la fe. Cuando el Señor nos llame a salir de este mundo, entonces podremos contemplarle cara a cara, tal cual es.

Mientras llega ese momento, regalemos nuestra vida, nuestro amor y servicio a los demás, especialmente a los más necesitados. Aunque en ocasiones resulte costoso descubrir la presencia del Resucitado en ellos, no olvidemos nunca que son presencia viva del Resucitado y que seremos juzgados de nuestro amor o desprecio a sus necesidades: “Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mat 25, 40).

Feliz Pascua de la Resurrección del Señor para todos.

+ **Atilan E. Edríguez**
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

Queridos amigos y lectores. He sido deportista desde niño y, ahora, un gran amante del deporte. Ya sólo me limito a pasear -los años no dan para más- pero aún sigo con atención algunos deportes.

La camiseta que viste el Valencia de Baloncesto siempre me ha llamado la atención, y es el pretexto para escribir estas líneas. Con letras bien visibles proclama: "La cultura del esfuerzo".

Tengo la impresión de que esa hermosa, valiosa y reconfortante cultura del esfuerzo ha desaparecido de nuestra vida. (Siempre hay honrosísimas excepciones).

En determinada ocasión escuché a un trabajador de una gran empresa decir que "con solo fichas" ya se merecía el sueldo.

A lo largo de mis treinta años de maestro (me gusta más que profesor), la postura más generalizada de alumnos y padres -insisto en las excepciones- ha sido la ley del mínimo esfuerzo. Y la preocupación más grande ha sido la de aprobar y "ya está".

Desde 1970 hasta hoy he conocido siete leyes de educación que podría citar pero no lo voy a hacer, y que he vivido o padecido como maestro, en su mayoría.

Todas ellas hablan de mejorar la enseñanza en España. A las pruebas y datos que nos dan los diversos estudios europeos me remito. Esas leyes, aun sin decirlo (faltaría más), por lo general han intentado "igualar" a los alumnos, pero por la parte baja.

Hasta ahora solo he escrito de cosas humanas. También lo humano forma parte esencial, responsable e importantísima de nuestra vida cristiana.

Dice San Pablo: "El que no trabaje que no coma, pues me he enterado de que algunos pasan la vida sin hacer nada".

También la vida cristiana exige esfuerzo y superación. Es verdad que "el Espíritu Santo acude en ayuda de nuestra debilidad", pero se nos exige poner algo, y más que algo de nuestra parte.

Termino con una frase que no es mía y que aclara todo lo que he querido decir: "haz las cosas como si todo dependiera de ti, pero sabiendo que todo depende de Dios"

Un abrazo.

Manuel Azabal

Vigilia de oración por el Seminario

El pasado viernes 11 de marzo se celebró la vigilia de oración por el Seminario. Bajo el lema "Enviados a reconciliar" se reunió un grupo de personas para profundizar en la misión de llevar la misericordia a todos los hombres desde nuestra condición de bautizados, y para rezar por las vocaciones sacerdotales.

En un tiempo tranquilo de adoración y silencio se pidió a Dios por las situaciones de fragilidad de nuestro mundo y se le agradeció la misericordia que en todo momento muestra hacia él por medio de los sacerdotes ■

Una nueva Conferencia de San Vicente de Paúl en Sacedón

La Sociedad de San Vicente de Paúl ha fundado una nueva Conferencia en la parroquia de Sacedón. Para ello ha contado con la acogida del párroco de esta localidad, **D. Oscar Merino**.

Como es propio de Las Conferencias de San Vicente de Paúl, este grupo de laicos, bajo la advocación Nuestra Señora del Socorro, trata de ser un grupo de amigos que comparten su fe y actúan en consecuencia para paliar, al menos en la medida de sus fuerzas, el sufrimiento humano a través del contacto personal con el que sufre y que vivimos con mayor intensidad en este año

de La Misericordia. En esta localidad estamos acompañando a personas enfermas y en muchas ocasiones solas, a las que visitamos en sus domicilios. También lo hacemos en la Residencia de Mayores de esta localidad. Es una experiencia preciosa que os animamos a compartir. (Teléfono de contacto 608 480 234) ■

Plan de peregrinaciones jubiles a la Catedral en el Año de la Misericordia

Con motivo del Año Jubilar de la Misericordia, el cabildo de la catedral de Sigüenza promueve el plan "Peregrinaciones jubiles a la Catedral", que se ofrece a parroquias, grupos y entidades de la diócesis y de fuera del mapa diocesano. La iniciativa aprovecha la experiencia del Jubileo del Año 2000, ocasión en que más de doce mil personas acudieron al primer templo de la diócesis buscado las gracias jubiles.

El programa que se oferta comienza con la acogida de grupos de peregrinos en el atrio, sigue con la ruta jubilar de la catedral (Virgen de la Mayor, capilla del Cristo de la Misericordia, Confesionario Jubilar y Arca de la Misericordia) y culmina con la celebración eucarística ■

Sábado 2 de abril
Retiro espiritual de Pascua
Para profesores cristianos
Colegio Maristas. Guadalajara
A partir de las 10:30 h.

Jubileo extraordinario de la Misericordia (11)

Jubileo de la Misericordia del Colegio Agustiniiano

Avanza el Año del Jubileo Extraordinario de la Misericordia y se siguen los actos jubiles en todos los rincones de la geografía diocesana. Hoy evocamos uno de esos actos que tuvo lugar en el templo jubilar de la concatedral de Guadalajara, en los días de Cuaresma.

Fue el pasado martes, 15 de marzo, cuando todos los alumnos del Colegio Agustiniiano de Guadalajara atravesaron la «puerta santa» de la concatedral de Santa María, con motivo del Año de la misericordia. Durante el tiempo de Cuaresma, se fue celebrando en los diferentes cursos el sacramento de la reconciliación. Con la ce-



lebración de la Eucaristía en este templo jubilar, presidida por el **P. Nicolás Caballero**, toda la comunidad educativa participó de la iniciativa del Santo Padre, Francisco, presente en sus oraciones.

Acogidos y acompañados por **D. Agustín Bugada**, vicario general de la diócesis, alumnos y profesores celebraron la misericordia de Dios. «Con una sola alma y un solo corazón», al más puro estilo agustiniano, tuvieron la oportunidad de sumergirse en esta fiesta de la Iglesia. Tras la ceremonia, por grupos pequeños, conocieron mejor el templo, y marcaron esta fecha como momento importante en su calendario del Año de la Misericordia.

(O de la centralidad del Sacramento de la Eucaristía)

Muchas veces, en mi caminar por los mundos de la filosofía, he recordado y he ponderado al sabio griego, al bien conocido y tantas veces citado Sócrates. Ante todo, y por encima de todo, era eso, un sabio. Un sabio cuya máxima existencial era la siguiente: *solo sé que no sé nada...*

¡Qué genial, amigos lectores! Ser conscientes de que no sabemos nada, o casi nada, y de muy pocas cosas. Solo con esa actitud y con ese espíritu, de reconocer la propia ignorancia o el propio error, se puede poner uno en camino de búsqueda y salvación. Si uno cree saberlo todo o tenerlo todo, ¿para qué va a buscar o pedir algo?, ¿para qué se va a poner en camino de nada nuevo o enriquecedor?

¡Cuánto bien nos haría a todos adquirir la sabiduría del "no saber nada", para estar siempre buscando; la sabiduría de no tener ya el premio definitivo, para correr todos los días hacia él, como

nos diría san Pablo! ¡Cuánto bien nos haría esta actitud de humildad y búsqueda, de súplica y llamada, de querer saber más y querer ser más y mejores...!

Hoy, y en lo que se percibe a nuestro alrededor, no cunden los espíritus socráticos, marcados por el "solo sé que no sé nada". Hoy nos encontramos con gentes, muchas por cierto, que creen saberlo todo y de todos los temas, creen saber todo de "lo humano y también lo divino". Hoy, cuando se condenan los dogmatismos como nunca se ha hecho, se habla dogmáticamente sobre cualquier cuestión o asunto. Se habla dogmáticamente sobre cuestiones sociales o políticas, sobre la vida o sobre la muerte, sobre lo que pasa en el barrio o lo que pasa en el mundo.

Uno se maravilla al ver que hay personas que sientan cátedra sobre cualquier cosa: sobre cómo funciona el

móvil o por qué sube o baja la bolsa..., sobre los misterios de la psicología o los últimos avances de la tecnología..., sobre el intrincado mundo de la política o sobre cualquier parcela de la vida de la Iglesia y sus misterios de salvación...

Y ahí voy hoy, lectores amigos. Voy a algunas personas que, prácticamente, pasan de la Iglesia (de su moral y sacramentos, del Evangelio y sus compromisos) y hablan de todo eso casi dogmáticamente. Voy, más en concreto, a quienes, por ejemplo, no van a la celebración de la Eucaristía del domingo y hablan y discuten de la misma como si supieran de ella más que nadie.

¡Qué desconocimiento, en muchos casos, de lo que es la Iglesia, de lo que es la fe, de lo que son los sacramentos, de lo que es la Eucaristía dominical..., Dios del cielo! Sin embargo, ¿cómo se dogmatiza sobre todo!

Por ejemplo, se sentencia alegremente: "se puede ser buen cristiano sin ir a Misa el domingo", "hay gente de Misa que luego deja mucho que desear", "parece que con la Misa se arregla todo", etc. Y se concluye, o se parte ya, del valor relativo de la participación en la Eucaristía en la vida cristiana.

Pongamos orden, con humildad socrática. La vida cristiana es, ciertamente, la vida, toda la vida. El que es cristiano lo es las 24 horas del día, dentro y fuera de la iglesia, cuando trabaja y cuando descansa, cuando reza y cuando no reza. Pero el centro de la vida cristiana es Jesucristo, sobre todo en el misterio de su presencia eucarística. Privarnos de ese centro, corazón de la vida de la Iglesia, significa privarnos de lo más grande. Apostemos, por tanto, por la centralidad cristiana de la Misa dominical.

El Director

"Ecos" Culturales...



Desde Roma

Por José Luis

Jubileo de la Divina Misericordia

El próximo fin de semana se celebra en Roma el Jubileo de los devotos de la espiritualidad de la Divina Misericordia. Esta devoción surgió en la primera parte del siglo XX, a partir de los escritos del *Diario* de una joven monja polaca, Faustina Kowalska, fallecida en 1938. Lo esencial de esta devoción es invocar la misericordia divina, practicar la misericordia con los demás y vivir una confianza plena en Jesús, que nos ama y nos perdona siempre.

Esta devoción, que en un principio se desarrolló en Cracovia, poco a poco fue extendiéndose por otras ciudades y naciones. En el año 2000, sor Faustina fue canonizada por el Papa Juan Pablo II, quien manifestó su aprecio hacia esta devoción y decretó que desde ese año el II Domingo de Pascua, llamado "in albis", pasase a deno-

minarse también "De la Divina Misericordia". Por este motivo, a partir del viernes, 1 de abril, se desarrollarán diversos actos en torno a esta espiritualidad. La tarde noche del viernes se tendrán, en las diversas iglesias jubilaires de Roma, vigiliias con celebraciones penitenciales y la posibilidad de celebrar el sacramento de la reconciliación. La mañana del sábado se ofrecerán varias catequesis sobre la misericordia. Y ya por la tarde, el Papa presidirá una Vigilia de Oración con todos los devotos de esta espiritualidad. Por último, el domingo, 3 de abril, domingo "de la Divina Misericordia", el Papa Francisco presidirá la celebración de la Eucaristía en la Plaza de San Pedro.

El Papa ya ha realizado y realizará todavía encuentros y celebraciones con otros grupos y movimientos que acuden a Roma en el año Jubilar.

La madre Teresa de Calcuta será proclamada santa el próximo 4 de septiembre

Así lo ha decidido el papa Francisco después de reconocer la curación supuestamente milagrosa de un brasileño que en 2008 se encontraba en fase terminal y cuya esposa se encomendó a la fundadora de las Misioneras de la Caridad, **Agnes Gonxha Bojaxhiu**, nacida en la actual Macedonia en 1910 y fallecida en la India en 1997, después de dedicar su vida a los más pobres. Juan Pablo II ya la había declarado beata en 2003.

Se podría decir que el proceso de canonización de la madre Teresa empezó en la India, el mismo día de su muerte. Millones de personas acompañaron sus restos mortales por las calles de Calcuta y jefes de Estado de todo el mundo acudieron a su funeral. Ya hacía casi medio siglo que había solicitado al Vaticano la fundación de una congregación de monjas con un objetivo casi utópico: "Cuidar a los hambrientos, los desnudos, los que no tienen hogar, los lisiados, los ciegos, los leprosos, toda esa gente que se siente inútil, no amada, o desprotegida por la sociedad...".